

Cuando el tiempo pierde su efimeridad

Pensé ser un completo inútil, un alma en pena vagando por la vida que espera con ansias a que la selección natural haga su trabajo. Todo me fue arrebatado, mi colegio se tornó lúgubre; sin docentes o estudiantes que lo ocuparan, las relaciones sociales se convirtieron en todo un desafío por mera carencia de contacto mientras que, los antes considerados ambientes seguros se convirtieron en campos de batalla.

En ese mundo la comida sabe a antiséptico y en el aire se respira la muerte, las personas se tienen miedo y pelean entre ellas por ser quien ocupe esa mísera cama que les permitirá saber finalmente si son aptos o no para continuar existiendo. Poderíos económicos que se pensaban inquebrantables ahora declinan, sus ciudadanos destruyen la propiedad privada; saben que es la única forma de ser escuchados y eso tampoco garantiza que atiendan a sus súplicas.

Desde mi casa, observo cómo todos en el exterior son víctimas de su propia ignorancia al intentar combatir enfrentándose directamente al enemigo, cuando la solución es esperar (desde tu base) a que esté débil para poder sorprenderlo por la espalda. Ese escenario apocalíptico que imaginaba con jovialidad años atrás ahora es real.

Anhelo que este conflicto bélico llegue a su fin, aunque me parece divertido ver cada una de las bajas que nuestro enemigo consigue, sin duda es el mejor soldado que jamás ha existido... o tal vez nosotros los peores guerreros.

Si me disculpan debo viajar por medio de mi máquina del tiempo construida únicamente con base en papel y cartón a un escenario que no me consuma lentamente, o tal vez ilustre con patrones de tejido lo lindo que era vivir en paz.

**Manuel Fernando
Marín Acevedo**

Estudiante grado undécimo,
Colegio UPB

